LA NOVELA DE NOCHE
UNA PESETA
A. GUIRRE
La Confidente
POR CARMEN DE BURGOS
COLOMBINE

LA NOVELA DE NOCHE

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 42
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

ESPAÑA

Año.....	24 pesetas.
Semestre.....	12 —

EXTRANJERO

Año.....	32 pesetas.
Semestre.....	19 —

PORTUGAL Y AMERICA

Año.....	24 pesetas.
Semestre.....	14 —

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro postal o sellos de correos.

La Novela de Noche

Números publicados:

1, *La hija de la Cortesana*, por "El Caballero Audaz". Ilustraciones de Penagos.

2, *Demasiado hermosa*, por Rafael López de Haro. Ilustraciones de Ribas.

3, *La casa de "La Trini"*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Varela de Seijas.

4, *El veneno de la aventura*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de Guillén de Villena.

5, *El Palomar*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de "Demetrio".

6, *Relato inmoral*, por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de Dichi.

7, *Astucias de mujer*, por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

8, *La comedia de la honorabilidad*, por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Antonio Juez.

9, *Los pecados de Carmina*, por Alberto Valero Martín. Ilustraciones de Robledano.

10, *A todo amor*, por Felipe Sassone. Ilustraciones de Penagos.

11, *Miguelillo, el de la Cava*, por Antonio Casero. Ilustraciones de Casero (hijo).

12, *Felicidad*, por Alberto Insúa. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

13, *Un consentido*, por Juan Ferragut. Ilustraciones de Izquierdo Durán.

14, *El diablo con faldas*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de "Demetrio".

15, *La malsita carne*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Rivero Gil.

16, *Rocío, "La Pilares"*, por Enrique Domínguez Rodiño. Ilustraciones de Baldrich.

17, *Una pobre vida*, por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de Varela de Seijas.

18, *Ponchin I, "Rey de la casa"*, por Andrés González Blanco. Ilustraciones de Augusto.

19, *Amalia, "La Palosanto"*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de Puig.

20, *Noche de San Juan*, por Alfonso Vidal y Planas. Ilustracienes de Baldrich.

21, *No por obra de varón...*, por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de Ochoa.

22, *La dama del Palais*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de Izquierdo Durán.

23, *Por qué te engaña tu marido*, por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

24, *La mujer, el amante y el marido*, por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

25, *Castigo del Cielo*, por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de Ochoa.

26, *La cortesana de las cruces*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Baldrich.

27, *El amor de Su Excelencia*, por Juan Ferragut. Ilustraciones de "Demetrio".

28, *Las rubias del principal*, por Artemio Precioso. Ilustraciones de Ribas.

29, *La boda de Elena Nito*, por Fernando Luque. Ilustraciones de Bellón.

30, *La cortesana de Vallecas*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Baldrich.

31, *De carne y hueso*, por Manuel Bueno. Ilustraciones de Varela de Seijas.

32, *Cornejo, Pedraza y Compañía*, por Emilio Carrére. Ilustraciones de Picó.

33, *¡Viva Lutecia!*, por Artemio Precioso. Ilustraciones de Quintaniila.

34, *Más fuerte que la muerte*, por Felipe Sassone. Ilustraciones de Penagos.

35, *La Novicia cupletista*, por A. Vidal y Planas. Ilustraciones de Penagos.

36, *El amor prohibido*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de Sousa.

37, *Las sorpresas de Lorenzina*, por Cristóbal de Castro. Ilustraciones de Puig.

38, *La mujer que se sintió águila*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Baldrich.

39, *¡Madres las que tenéis hijas!...*, por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de Baldrich.

40, *Una española en México*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de Mihura.

41, *Memorias de un legionario*, por Juan Ferragut. Portada de "Demetrio".

42, *La dama del crisantemo*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Ramírez

43, *La conversión de don Juanito* (extraordinario), por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de Puig.

44, *La tercera mujer*, por E. Ramírez Angel. Ilustraciones de Mansberger.

45, *El maleficio de la noche*, por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Juez.

46, *Una mancha en la familia*, por Juan Pujol. Ilustraciones de Sancha.

47, *Lobos y corderas, o A la sombra de Mendizábal*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Puig.

48, *Una conquista*, por Luis Rubio Hidalgo. Ilustraciones de Sancha.

49, *Reliquia de odio*, por Juan Ferragut. Ilustraciones de Anito Téllez.

50, *La dama capitán*, por Cristóbal de Castro. Ilustraciones de Ramírez.

51, *En la copa de sus labios*, por J. Ortiz de Pinedo. Ilustraciones de Bradley.

52, *Las noches de prueba*, por José Bruno. Ilustraciones de Bellón.

53, *Farsa*, por José Zamora. Ilustraciones del mismo.

54, *Camino recto*, por Luis Rubio Hidalgo. Ilustraciones de Bellón.

55, *Una española castiza*, por Andrés González Blanco, y *Los parentescos raros*, por A. R. Bonnat. Ilustraciones de I. Durán y Robledano.

56, *Por unos ojos azules*, por Félix Cuquerella. Portada de Varela de Seijas.

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los días, novela (3.ª edición).

"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).

El secreto de Barba Azul, novela (12.° millar).

Las siete columnas, novela.

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Silencio, novela (edición popular, 2 pesetas).

Mendizábal, 42. - Madrid

LA CONFIDENTE

EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

La hija de la Pompadour

POR

Andrés Guilmain

ILUSTRACIONES DE

BASILIO

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año III Madrid, 15 de agosto de 1926 Núm. 58

LA CONFIDENTE

NOVELA POR

Carmen de Burgos (Colombine)

Ilustraciones de AGUIRRE

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - TELÉFONO 17 - 65 J.
1926

I

ontribuía al bienestar del saloncito aquel frío de la calle, que se adivinaba en el calor cuajado de la atmósfera, en el cielo de aguardiente aguado, con las estrías de nubes lechosas. El suelo húmedo, los árboles como matojas de leña seca, sin que nadie adivinase el sufrimiento que experimentaban en su sensibilidad, y notase cómo se encogían, ateridos de frío, paralizada la savia en sus arterias, semejantes a pobres astrosos que quisieran meterse las ma-

nos en los bolsillos y subirse el cuello del abrigo.

Las gentes pasaban con gesto de esconderse en sí mismos, encorvándose a tierra, con el cuello metido entre los hombros, que suben y tratan de cubrir las orejas; los brazos pegados al cuerpo y el paso apresurado.

En el saloncito era primavera, con el dulce calor de los radiadores, luchando con la temperatura de fuera para mantenerlo a diez y nueve grados. Las flores reían lozanas en los búcaros de cristal y de porcelana; los espejos y las cornucopias reproducían los delicados *bibelots* de arte elegidos y seleccionados con el mayor gusto, formando con las cortinas de colores vivos y los muebles exóticos un conjunto de color, que se armonizaba dulcemente, y formaba el ambiente agradable, grato, blando, acogedor, que es como el espíritu de las casas, y rima siempre con

el alma de los moradores que imprimen su sello en las cosas materiales, como si encarnase algo de ellos en lo que les rodea.

Esparcía el te su débil perfume, penetrante en su tenuidad, entre los perfumes de las damas que se agrupaban en torno de Clotilde, dejando caer los abrigos y las pieles, para lucir los escotes y los vestidos ligeros, con esa coquetería con que las mujeres parecen haber vencido al frío.

Algunos caballeros departían con ellas en una confidencial conversación. Era Clotilde la que había sabido dar a su interior aquel aire de agradable intimidad, haciéndolo cómodo, grato, con la influencia de su sencillez amable.

Fué preciso que el reloj diese las ocho para que los contertulios se decidiesen a levantarse y despedirse. Se iban siempre con pena de aquel recinto hospitalario. Cambiadas las

últimas despedidas, Clotilde reparó en la mujercita delgada, morena, de brillantes ojos negros, que se quedaba rezagada. Era la más reciente de sus visitas, la que hacía dos semanas le había sido presentada.

Se miraron un momento las dos mujeres, y la morena dijo:

—Yo quisiera hablar con usted en reserva. No he podido verla nunca sola... Si usted me pudiese dar una hora cuando menos la molestase...

Clotilde sintió el rebato de malestar que experimentaba siempre en previsión de la escena que presentía.

—No tengo otro día libre... mi tiempo... ocupaciones...—balbuceó.

Le costaba cierto trabajo en acceder al servicio que se iba a demandar de ella. Estaba habituada a que las mujeres sufrientes llegasen a su gabinetito como las creyentes

van al templo, a depositar en sus manos su fardo de dolores. De aquel fardo, que ella les ayudaba a descargar, para que descansasen un rato, y que volvían a colocar de nuevo en su espalda al salir de allí, aunque les pareciese menos pesado, por el rato de alivio, se quedaba ella con una parte. Se cansaba escuchando, sentía el dolor, le restaba un malestar... y, sin embargo, igual que el sacerdote a quien llama la penitente, no se podía negar a escuchar la confesión, y cumplía así un deber de consuelo.

Había en ella algo que invitaba a la confianza. Tal vez el verla alejada de las luchas y las ambiciones, el mirarla un poco al margen de la vida; pero un margen alto, desde donde dominaba su panorama.

Viuda, rica, independiente, su carácter abierto, franco y libre de preocupaciones, daban la garantía de que había llegado a esa

comprensibilidad que es fruto de dolores, que en vez de poner en el alma heces de un sentimiento negativo, huraño, amargo, dejan el perfume del sándalo dispuesto a ofrecerse a los demás.

Todas las mujeres la buscaban por confidente. Dolores y recados se le confiaban por igual. Y ella las oía cumpliendo la obra de Misericordia más alta de todas, la que exige el caudal espiritual de quien puede practicarla, la que sólo pueden ejercer las millonarias en espíritu: consolar al triste.

¿Por qué iba a dejar que se marchase amargada, con el deseo de un secreto y una desdicha, aquella simpática mujer que la imploraba?

Sobre su rostro de facciones suaves cayó el velo de la melancolía, y como el que va a cumplir un deber penoso, volvió a empujar

la puerta del saloncito y entró seguida de la joven.

—Dígame usted.

Volvió a escuchar las palabras que les eran habituales a todas. El "yo pecador me confieso a Dios y a vos, padre..." de aquella religión laica.

—Necesito decirle lo que me sucede... a usted, que es tan buena y tan comprensiva...

Entornó los ojos, medio recostada en su amplio sillón, y esperó. La voz trémula de la mujercita seguía su confesión general.

Clotilde sabía que no le mentiría. Si querían ocultar algo, ella les preguntaba y se lo decían todo.

—No me conoce usted, pero puede preguntar la verdad de todo cuanto le digo. He nacido en una de las pequeñas islas de Menorca, en un peñón casi, azotado por el mar. Pasé mi vida entre mar y cielo y se me hizo

una alma ingenua, alma de pescador, alma empapada de azul y bañada de luz... ¿Dirá usted que soy romántica? Es cierto. Me hallo fuera de mi centro en estas grandes ciudades, donde la gente se renueva, donde no se conocen todos, donde se vive una vida tan diferente de la mía. Yo he pasado años enteros viendo las mismas personas, los mismos paisajes, leyendo los mismos libros.

"Cuando tuve que casarme, mis padres me dejaron que escogiese entre mis cortejos. Todas las noches, después de cenar, yo me ponía mi mejor vestido y me sentaba al lado de la silla vacía, que venían a ocupar, quince minutos, cada uno de mis cortejantes. Yo escogí a mi marido... ¿sabe usted por qué?... por miedo. Estaba segura de que si elijo a otro hubiera cometido un crimen. Nos casamos y me llevó a su isla, a Mallorca. Quizá me impresionó este cambio más que el de ve-

ROVIRRE

nir de Mallorca a Madrid, porque Palma era la primera gran población que yo veía. Entonces empezó mi vida de sufrimientos. Recordé muchas veces la balada que escuché cantar en mi isla:

"—¿Madre mía, qué es casarse?
—Hija mía, casarse es hilar, parir y llorar."

"Yo estaba encerrada en el fondo de mi casa. Era como una criada, que tenía la obligación de trabajar por mí y por los que parecían servirnos. Era yo la responsable de todo; mi marido se enfurecía conmigo al menor descuido mío o de los otros. Yo no había tratado gente antes de mi matrimonio en mi pequeña isla, en la hacienda apartada de mis padres, donde los únicos *señores* éramos nosotros, y nos trataban como a los soberanos de derecho divino, como una casta apar-

te. Ahora no me trataba con nadie tampoco. Mi marido no me consentía amigas ni me dejaba devolver siquiera la visita a las vecinas. Estaba aislada entre criadas elegidas por él, con las que tenía lazos antiguos, que las hacían mis enemigas. Yo creía que el matrimonio era aquello: que llevaba implícita la condición de servir al esposo y señor, de retirarse del mundo. Sin amor tuve tres hijos... Y adoré a mis hijos...; los amaba con toda mi alma y, sin embargo, sentía el ansia de amar más... de amar de otro modo... de una pasión... No sé cómo explicarlo. Mis hijos eran como los incentivos que me hacían desear más amor... Tal vez sin hijos me hubiese conformado más con la monotonía de la vida. Eran el aperitivo del amor. Lo que me lo hacía conocer y adivinar.

"Y al mismo tiempo mi alma se vestía de castidad, se me hacía aborrecible la vida con-

yugal. Me sentía feliz cuando mi marido se marchaba sin fijarse en mí. Cuando me hacía víctima de su amor yo temblaba, lloraba, a veces mordía mis ropas para que no escuchase mis gemidos... gemidos de dolor y repugnancia...

—¿Y llegó usted a ese estado sin ningún hecho que lo motivara, sin sentir otro amor? —preguntó Clotilde.

—Sí... se lo juro... Llegué a esto sólo por exceso de sufrimiento, por exceso de asco... porque de niña me convertí en mujer, y algo noble, sincero, puro y honrado que había en mí protestaba. Algo que no se había casado.

Sonrió, con los ojos brillantes de lágrimas, Clotilde. Quizá en su corazón hallaba eco aquel sentimiento de una rebeldía no muy frecuente en las mujeres y que evocaba la que ella tal vez sintió en algún tiempo, ya olvidado.

La joven continuó:

—Y ese sufrimiento mío fué un incentivo para mi marido... Encontró un placer, que no había hallado jamás, en mi dolor y en mis lágrimas. El suplicio que imponía le llenaba de felicidad... Cuando yo, ya resignada, no lloraba, me golpeaba y me mordía en los hombros y en el seno para hacerme gritar desesperada.

—¿Nadie la socorría?

—Nadie. Las infames sirvientes pagadas por él se reían burlonamente, satisfechas de mi martirio.

—¡Qué infamia!

La palabra blanda y compasiva penetró como el agua de lluvia en el surco labrado, produciendo una expresión de alivio.

—¿Por qué tuve ideas distintas de cuanto me habían dicho y me habían inculcado? ¿Cómo adiviné teorías de libertad, de justi-

cia y de derecho, de las que no me habían hablado jamás? No lo sé. Pero yo razoné que no era una cosa, una bestia, algo que le pertenecía a mi marido, y me negué a sus caricias.

"Mi resistencia excitó el deseo de aquel hombre. Exageró el odio en que envolvía sus goces conmigo, y el preludio de sus bárbaras caricias eran bofetones y golpes que yo prefería a sus besos. Me defendí valientemente, le hice frente, le devolví sus golpes, pero mi debilidad de mujer no se comparaba con su fuerza. El era feliz cuando me rendía y me humillaba, deshecha y fatigada, a su yugo.

—¿No buscó usted auxilio en nadie?

—Los hombres no se atrevían a comprometerse, las mujeres le daban la razón. Me creían la culpable de todo porque me negaba a pagar a mi marido el *débito conyugal;* eso era para ellas un pecado terrible, que me hacía responsable de cuanto pudiera suce-

der. Fuí a confesar y no me quisieron dar la absolución.

"Pero aún hay más—continuó, después de un momento de silencio—. Mi marido, más criminal cada día, más encenagado en vicios, extremaba sus crueldades. Yo resistía. Estaba enferma, contagiada de su crápula, y no quería ser cómplice de traer al mundo seres marcados con una herencia fatal. Mis pobres hijos me daban pena en su inocencia. En mi desesperación llegué a pensar si sería más piadoso ahogarlos al nacer; a ellas, para que no sufrieran lo que yo; a ellos, para que no lo hicieran sufrir a otras infelices.

"Llegaron momentos crueles, terribles... Míreme usted.

Se abrió el cuello del vestido y mostró sus hombros y sus brazos, en los que había cicatrices moradas, redondas, muy profundas,

cóncavas, como del lugar donde se ha sacado carne.

—¿Ve usted? Me amarraba a los hierros de la cama y aplicaba a mi cuerpo desnudo un hierro hecho ascua en la estufa.

Reinó un momento de lúgubre silencio.

—Al fin, una vez pude escapar y denunciar el hecho a las autoridades. Mi marido fué encarcelado. Sin duda, para librarlo, dijeron que estaba loco; ínterin se debatía el asunto, yo me escapé con mis hijos. Fuí a Menorca; mi abuela, compadecida, me dió dinero para venirme a Madrid... ¿Comprende usted mi situación?

—Loco o criminal, está usted libre de su marido, le nombrarán un tutor a sus hijos.

—¿Pero cómo vivo yo?

—¿No tiene usted medios?

—No. Mi abuela me envía sus ahorros; tengo internos a mis hijos en dos colegios, yo

vivo modestamente; como en un restaurante barato... siempre asustada de que ese hombre escape y venga... y de que se agoten los pobres recursos de la abuelita y llevarla a la ruina conmigo.

Clotilde no quería hacer la pregunta sacramental:

—¿Y usted, qué sabe?

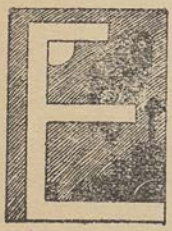
Pero la joven se adelantó a ella.

—Sé bordar, coser... puedo dar lecciones a niños, acompañar señoritas... asistir a un enfermo.

No quiso quitarle sus ilusiones. Pero conocía qué difícil y qué pobre era todo aquello. Lo sabía por la experiencia que le daba su papel de confidente; por cómo cientos de mujeres habían llegado a ella, deseosas de dignificación, de trabajo, preguntándole qué camino podrían tomar y haciéndole sentir su tragedia.

Y sobre la dificultad de la escasez de trabajo, de la explotación, de la concurrencia de pobres mujeres que apuraban todos los medios y recurrían a todas las intrigas para poder vivir, la condición aquella de *esposa separada,* que era como un sambenito en una sociedad hipócrita y mediatizada.

II



ran Marta y Juanita las que llegaban, cuando apenas se había sentado Clotilde ante su mesa de comedor, llena de aquella tristeza que ponían en su alma las confidencias de que le hacían depositaria. Ella, que por un milagro de voluntad había logrado libertarse de sus dolores, creándose un campo de reposo dentro de su propio corazón, se afligía con el dolor ajeno, con el llanto que no podía enjugar, con las necesidades que le

era imposible remediar, con las esperanzas que había de defraudar necesariamente. Ponía ojeras en su semblante el sufrimiento de las otras.

Las dos hermanas se sentaron a su lado.

—¿Qué hay?

—Es una cosa resuelta—repuso Marta, la mayor—. He hecho las últimas tentativas y es todo inútil. Ese hombre es un canalla.

—¿Sigue usted amándolo, a pesar de eso?

—Sí.

Tenía unos ojos obcecados, unos ojos de hipnotizada, que demostraban la fijeza de su pensamiento.

—Ya lo sabe usted—siguió—; se lo he confesado todo, es el único consuelo de mis dolores hablar con usted, que es tan comprensiva...

La confesión iba a recomenzar. Aquélla no era la penitente que llegaba por la primera

vez, era la que la había elegido por su guía espiritual.

—¿Ha encontrado usted algo?

—Debutaré en un *music-hall* de ínfimo orden.

Había rabia, despecho, desgarramiento en el acento de Marta. Era el eco que debe existir en el rasgueo de la pluma del suicida sobre el papel en que escribe su última carta.

Como Clotilde guardaba silencio, Marta preguntó:

—¿Nada me dice usted?

Y ella contestó:

—No puedo decirte nada...

Se miraron y se entendieron. Ni Marta elegía, ni Clotilde podía evitar aquello a que la fatalidad la empujaba. Era una necesidad imperiosa, despótica, tirana, inaplazable: la necesidad de vivir.

Marta era la hija de la familia acomoda-

da de la clase media, a la que se educa como si hubiese de tener una gran fortuna, cuando sólo se cuenta con el trabajo del padre para vivir decentemente, a costa de no escasas privaciones. Muertos los padres, los hermanos se separan, todos pobres, miserables, necesitados. La pequeña, Juanita (aquella niña de semblante parado, con el sombrero echado hacia atrás y los ojos muy abiertos, desmesuradamente abiertos, como se abren cuando se quiere inconscientemente ver en las tinieblas, porque miraban el fondo negro y oscuro de la tragedia), fué llevada a uno de esos colegios que recogen huérfanas por caridad, mediante una pensión, y parecen pasar una raqueta sobre su mentalidad para hacerlas a todas débiles, tímidas, irresolutas, con la colaboración del hambre, del exceso de trabajo y de una disciplina dulzonamente agobiadora.

Marta se fué con su tía. Una señorita de sesenta años, avarienta, desconocedora de la vida, que hizo de la sobrina sirviente y enfermera, abusando de su papel de protectora. No podía verla tranquila un momento; en cuanto se sentaba la joven, se le ocurría algo para poderla molestar.

—¿Quieres ver si queda apagada la lumbre?

—¿Me haces el favor de un vaso de agua?

—¿Están bien cerrados los balcones?

—Mira si está corrido el cerrojo de la puerta de la calle.

—Tráeme un pañuelo.

Cuando no otra cosa, le pedía que le curase las llagas de sus varices o los forúnculos de su nuca.

Mal alimentada, sin recibir una atención ni un cariño, llena la imaginación de escenas románticas, de las novelas que podía

leer detrás de la tía, que para no permitirle ni esa distracción, le hacía apagar la luz en cuanto le leía en voz alta el folletín de *La Correspondencia de España,* Marta era terreno abonado para ceder al influjo de aquel hombre indigno que echó mano de todos los tópicos de la seducción vulgar, que ella creyó reflejos de un amor sincero.

Aquel hombre que destrozaba su pobre vida por el capricho incomprensible de hacer daño, huyó al saberla encinta. Fué para Marta como pasar de un bello sueño a una atroz pesadilla. El hombre que había creído honrado y bueno, era un caballero de industria al que la policía llevó a la cárcel. El le había pedido auxilio en aquel trance, y ella empeñó y vendió sus pobres ropas, sus sencillas alhajas, cuanto tenía, para enviarle a la prisión ropa interior, camisas y calzoncillos para que se pudiera mudar. Gracias a

ella no tuvo que comer rancho y hubo en su celda flores, jabón y agua de Colonia, libros, cuanto la delicadeza de un espíritu femenil enamorado puede poner en torno de un hombre.

Fué ella la que imploró, llamó, acudió a llevar a todas partes el convencimiento de la inocencia de aquel hombre... Y una vez libre, la volvió la espalda, sin pensar en cómo la había comprometido.

La maternidad, tan líricamente cantada para hacer que las mujeres no nieguen su tributo a la dolorosa misión, se convertía para ella en fuente de vergüenza y de oprobio.

La tía la echó de su casa. Ella era la castidad misma, porque además de ser fea, había estado hasta sus cincuenta años bajo la égida de una madre-dragón que no la perdió jamás de vista. Su castidad era tanta, que la exigía hasta a los animales, y guardaba a su

gata de Angora y a su perrita Lou-lou tan celosamente como su madre la guardó a ella.

Sentía un dolor de deshonra de la familia con la maternidad de su sobrina; le causaba odio, asco, la joven, como si la viese emporcada del modo más lamentable. Fué inútil que tratasen de influir en favor de ella. No podía, la virtuosa y casta señorita, tener en su casa a una muchacha que olía a hombre.

Se encontró víctima del abandono, en la mayor soledad, desconocida por el seductor; que para quedar en buen lugar, empezó diciendo que ella le había delatado a la policía, para hacer méritos después; y acabó sosteniendo calumnias contra el honor de la joven.

Toda su familia se negaba a recibirla; los hermanos hablaban de matarla. La rodeaba un círculo de hambre y de miseria. Había

querido bordar, coser, y no encontró labor más que en una tienda que pedía un depósito para dar a hacer blusas. Después que cosían las dos primeras, de muestra, declaraban que la labor no servía. Se quedaban con ellas y desquitaban de la fianza el importe de la tela.

Ni era apta para ser sirvienta ni *señora* de compañía. Para lo primero, la hallaban las señoras demasiado distinguida; para lo segundo, no podía ofrecer informes que garantizasen su moralidad.

¿Qué podía decirle Clotilde? Joven, honesta y virtuosa, a pesar del sacrificio de pudor hecho por el que amaba, iba a entrar en un medio pervertido que la arrastraría. Su caída no sorprendería a nadie; las incomprensivas la esperaban, como si ya estuviese fatalmente destinada al vicio. Clotilde no podía hacer nada para libertarla. No podía torcer aquel

destino. Admiraba el valor de la muchacha, que con su acento duro y firme, le aseguraba:

—Yo trabajaré para mi hijo; yo no lo abandonaré.

La pobre mujer llevaba el fardo de los actos realizados entre dos; y ella, la víctima, que expiaba la maternidad como un delito, cumpliría su obligación de educar y criar al hijo; no podría librarse del desprecio social, mientras que nadie consideraría deshonrado al hombre que tan cobardemente la abandonaba a ella y al hijo.

Clotilde, en su comprensión de la vida, no tenía nada que oponer. Era igualmente desesperado ir a un convento o a un *music-hall*. Tenía derecho a la vida.

—Yo no quería hablarle a usted de mí—dijo la joven—. Soy animosa; mi tragedia está en mi amor a ese hombre que, a pesar

de todo, no puedo borrar de mi espíritu. Sé que usted me creerá indigna por este sentimiento.

No, no la condenaba, ni siquiera por eso. Tenía para la mujer toda la bondad y la tolerancia que ninguna de ellas suele tener para las otras. Quizá era un íntimo concepto de su debilidad, de su inferioridad, lo que la hacía disculparlo todo. Las mujeres eran las víctimas de las leyes, de las costumbres y de sus propios sentimientos. Era, tal vez, el sentimiento, lo de tradicionalista, de apático, de inmovilizado, de poco flexible, que había en ellas, lo que dificultaba su liberación. Eran ellas las enemigas de las demás mujeres y de ellas mismas; en su atraso, su obcecación, su cerrazón de horizontes.

Y por eso precisamente las amaba. Cuando eran desleales, chismosas, ruines..., había que disculparlas. Era el fruto lógico que

los pobres seres, espiritualmente torcidos y deformados, podían producir. Les disculpaba hasta los atentados contra ella misma.

—Juanita—siguió diciendo Marta—ha sido arrojada del colegio. Sus profesoras no pudieron perdonarle que no abominase de mí y me siguiera amando. Ella ha compartido conmigo la vergüenza de la deshonra, por no quererme condenar...

Clotilde no sabía qué decir, anonadada por la lógica del razonamiento, tan de acuerdo con las grandes injusticias sociales.

—No tenemos para sostenernos—siguió Marta—; yo, apretándome el corsé, a trueque de martirizar a una criatura, aun antes de nacer, quizá podré trabajar, y reunir para los gastos que origine mi alumbramiento y los primeros meses de la lactancia. Será todo lo que podré lograr. ¡Y esto a costa de tantas vergüenzas..., si sirvo para soportarlas!...

Pero Juanita sólo tiene diez duros de su parte de orfandad; no se puede sostener con eso. Hemos corrido Madrid entero; es una excelente mecanógrafa; sabe bordar..., pero no se encuentra nada... de nada...

Veía Clotilde cómo, en efecto, no debían haber encontrado nada aquellas infelices criaturas en su palidez, en su dejadez, en sus ojeras hundidas y en sus pómulos salientes.

—Será preciso que se vaya con la tía, que me abandone también—siguió Marta—, que vaya a sufrir allí con más intensidad que yo he sufrido; porque ya ha perdido hasta la fe en el amor para engañarse, como yo me he engañado.

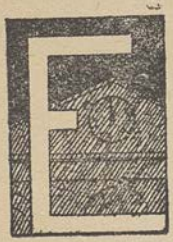
La felicidad que le proporcionó su engaño la animaba aún. La jovencita seguía callando, con los ojos muy abiertos, mirando en la oscuridad.

Sabía Clotilde que el desengaño de la her-

mana no bastaría a librarla a ella; algún día iría, obsesada también, hacia un hombre de cuyos defectos no podría darse cuenta.

Procuró consolarlas con las frases de resignación que le dictaba el dolor de su impotencia para aliviar las tragedias.

III



nriqueta y Lola estuvieron el domingo a visitarla.

Las tres se querían mucho; conservaban su amistad desde la infancia, y hacía ya largo tiempo que no se veían.

Les dió las quejas cariñosamente, y Enriqueta repuso:

—No quería afligirte con mis asuntos..., y, sin embargo, no tengo más remedio que venir a contártelo todo. Sólo tú me inspiras confianza... ¡Tú, que eres tan comprensiva!...

Se preparó a escuchar otra confesión. La adivinaba. Sabía que Enriqueta era una muchacha sin voluntad, a la que sus padres no consultaron apenas para casarla con un primo suyo, mayor que ella en muchos años, de carácter seco y adusto; pero había pensado que, inocente y resignada, podría tirar de su vida monótona y sin goces con la inconsciencia rutinaria qué solía ser el caudal de muchas mujeres.

—Yo no puedo soportar mi vida—le declaró Enriqueta—. Estoy desesperada; he callado durante mucho tiempo, y hoy logro escaparme para revelártelo todo.

—¿Pero qué te pasa?

—Tú sabes que mi marido tiene madre, y que su madre vive con nosotros.

—Es hermana de tu padre.

—Sí; pero, a pesar de eso, mi suegra es mi verdugo. Ama tanto a su hijo que tiene

celos de mí; todo su esfuerzo, toda su influencia están concentrados en anularme en el alma de mi marido.

—¡Pero eso no es posible!

—Lo es. Pedro adora a su madre, y creo que ha llegado a participar del odio que ella me profesa. Yo, en mi casa, no dispongo de nada, no soy dueña de nada. Es mi suegra la que lo dirige todo, la que tiene el dinero, la que manda. Mi marido no encuentra jamás bien nada de lo que yo hago.

—Exageras.

—No. Se complacen en humillarme; las criadas no me obedecen. No se cuenta con mi gusto en la comida ni en el vestir. Jamás se me consulta algo... Es mi suegra la que cuida de la ropa que yo he de tener; es decir, de mandar poner medias suelas a mis zapatos, reformar mi único sombrero y teñir

mis vestidos y abrigos para que me duren varios años.

—Pero tú llevaste dote.

—Esa es la desgracia.

—¿Cómo?

—Estoy asustada. Pienso que mi marido y mi suegra intentan deshacerse de mí para apoderarse de la fortuna que me han dejado mis padres.

—¡Es increíble!

—No. Yo tengo indicios.

—¿Cuáles?

—Mi marido me ha obligado con amenazas a hacer un testamento en su favor, y ahora quiere asegurarme la vida en una gran cantidad.

—Niégate—interrumpió Lola.

—Sería inútil.

—Sepárate.

—¿Con qué motivo? Mi marido tiene fama

de ser el esposo modelo. Jamás sale de noche; trabaja en el bufete todo el día; no se le conocen amores ni tiene ningún vicio; no juega, no bebe, ni siquiera fuma... ¿De qué se puede quejar la mujer de un marido así?

—¿Pero si te trata mal?

—Lo hace con la más perfecta cortesía, me zahiere sin perder la corrección, me contraría sin borrar la sonrisa. Me insulta llamándome "querida niña". No habría nadie que declarase en favor mío, ni abogado que encuentre motivo para divorcio.

—Tus sospechas no presentan fundamento alguno en que podernos apoyar.

—Pero tienen la certeza de mi convicción.

¿Qué hacer? Había verdadera angustia en el acento de Clotilde. Ella, con su especie de doble vista, vislumbraba también como cosa cierta el peligro de su amiga; aquí no po-

día quedar reducida a su papel de confidente. Era preciso hacer algo.

—Yo le temo al veneno—dijo Enriqueta—. Así, si vieras que yo estaba enferma o que moría repentinamente, te ruego que acudas en mi socorro o que me vengues.

—Te lo prometo—prometía sin convicción, pero así le daba esperanzas y consuelo.

Juanita callaba. Ella era quizá la única que no le había contado jamás su tragedia a Clotilde. Sin embargo, Clotilde sabía también la tragedia callada y sórdida de Juanita. La juventud sacrificada para pagar a sus padres, modestos labradores, el esfuerzo que realizaron a fin de que estudiase una carrera. Se impuso el sacrificio de consagrar su vida a sus viejos, agradecida a la segunda vida que le dieran a su espíritu. Había pasado por el mundo sin que un pensamiento amoroso prendiese en su mente. Nunca el amor-pasión

hizo latir su corazón. Su facultad pasional estaba atrofiada. Ella no sufriría penas de amor, pero en su absoluta pureza, sin deseos ni tempestades, en la calma y la inmovilidad, Clotilde creía percibir también el dolor de la vida inactiva, fecunda sólo para las otras, estéril para ella. Se espantaba de la dulce tranquilidad de aquel alma quizá feliz, pero en la que su imaginación sentía la tragedia.

IV

eñorita, usted que es tan buena, me va a permitir que la moleste—le dijo aquella mañana su lavandera, una mujer vaciada en cobre, con una cara de martirio y de resignación—. Pero si usted no nos protege, yo no sé qué va a ser de nosotros.

—¿Qué sucede?

—Ese hombre que no cesa de perseguir a mi hija.

La pobre mujer, con la voz lacrimosa, per-

diéndose en minuciosos detalles, contó a Clotilde todo lo que le sucedía.

Viuda y sin más que aquella hija, después de haber perdido otros diez y siete, la pobre mujer había tenido fuerza de voluntad para reunir unos ahorrillos que le permitieran comprar una casita. Aquello fué su perdición, porque la avaricia de un hombre vicioso, corrompido, amoral, se despertó con la apariencia de prosperidad, y se casó con la hija, a la que sometía a los más crueles tratos, en su despecho de haberse engañado, creyendo en su fortuna.

—Esta noche—contaba la madre a Clotilde—ha llegado a las cuatro de la mañana y ha despertado a la niña, que apenas tiene cuatro años, para preguntarle: "¿A quién quieres que le pegue, a tu madre o a ti?" "No le pegues a mi madre"—acertó a decir la pobre pequeña, adormilada—. Y entonces

AGUIRRE

ese hombre le ha pegado brutalmente a la niña...

La vieja lloraba. Con esa maternidad de las abuelas, en la que resucita toda su juventud, sentía más lo sucedido a la nieta que todo lo que podía sufrir la hija, y le demandaba ansiosa a Clotilde:

—¿Qué hacemos?

Ella callaba. Varias veces le había aconsejado la separación, en ocasiones les recomendó el abogado para pedir el divorcio, la sevicia estaba probada; pero la esposa volvía de nuevo al lado del marido, después de unos meses de separación. Las primeras veces, atraída por el deseo de la hembra; después, atemorizada por las amenazas de muerte a ella y a su madre.

—La niña tiene miedo, señorita—seguía la vieja—, y mi pobre hija también. Yo estoy enferma y no puedo defenderlas.

Le contaba cómo se tenía que esforzar para seguir trabajando, a los sesenta y cinco años, después de una vida de lucha. Todavía contaba como un triunfo, como un mérito, la inmoralidad de dar a luz y criar diez y siete hijos. Clotilde pensaba en la suerte de que aquellos hijos no existiesen; se daba cuenta de la degeneración de las razas por ese abuso de padres pobres, viejos, enfermos, que no vacilan en traer al mundo una prole numerosa, sin miedo a verlos descalzos, desnudos, sufrientes; sin poder satisfacer sus deseos ni educarlos. La brutalidad de los esposos que no piensan en nada para tener hijos de esa manera desdichada la indignaba. Veía delante de ella a la pobre mujer deshecha, con las piernas reventadas de varices, la matriz colgante, los riñones enfermos, sosteniéndose por el milagro de una constitución vigorosa, miserablemente arruinada.

La consoló como pudo, con palabras que la vieja no entendía, pero que escuchaba ansiosa en los labios de Clotilde.

—¿Qué debemos hacer, señorita?

Tenían mucho miedo a su aislamiento y desamparo. Su casa estaba alejada, solitaria, expuesta a un atentado.

—El único hombre—decía—era el marido de mi vecina, un hombre buenísimo. Llevaban ya treinta años de casados, sin el más pequeño disgusto, pero se ha encalabrinado con una muchachita de diez y ocho, una mocosa, y se ha ido a vivir con ella, abandonando a su mujer.

—¿Pero es rico?—preguntó Clotilde, buscando el móvil que llevase a una muchacha a esa unión tan desigual.

—¡Ca, no, señorita! Ella es la que está bien. El se lo ha dicho a su pobre mujer: "Tú no te inquietes ni me molestes, que to-

dos los meses tendrás tu mensualidad para que nada te falte; *ella* tiene dinero y me lo ha prometido."

—¿Y la mujer accedió?—preguntó Clotilde, admirada de esa resignación y de ese medio social que no conocía, y cuyo modo de sentir era tan diverso del suyo.

—¿Qué iba a hacer la infeliz?—respondió la lavandera—. Pero lo malo es que ni siquiera lo ha cumplido; así que se acabó de llevar la ropa no ha vuelto más. Gracias que ella se gana la vida, la pobre, *paseando a la Pindonga.*

—¿Qué es eso?

—¿No lo sabe la señorita?

—No.

—¿Pues no sabe la señorita que hay una sociedad que lleva a la Virgen de visita a las casas de las familias, que pagan un tanto

al mes para honrarse en recibir tal visita, que las protege y las libra de mal?

—Sí; pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

—Claro que tiene. Las señoras que tienen la sociedad son las dueñas de los Santos, y cobran los recibos. Mi vecina es la encargada de una de las *Pindongas,* aunque eso le cuesta asistir a las señoras, que por conservarla en ese destino les exigen a las encargadas que les sirvan de asistentas.

—¿Entonces la *Pindonga...?*—preguntó Clotilde, dudando aún, sin atreverse a terminar la frase.

—La *Pindonga* es el nombre que le dan las devotas a la Santísima Virgen, que para ganar ese dinero llevan de un lado para otro.

V

uy temprano llegó aquella tarde Rosarito. Era una mujer niña, pequeñita, carnosa, con los ojos muy grandes, el cabello muy negro, los labios rojos y gordezuelos. Su tipo era de una frescura y una sensualidad excepcionales. Se marcaban sus curvas de mujer en el menudo cuerpecito de niña, revelándose como en un desnudo, con su carnosidad, a despecho de los vestidos.

—Vengo a pedirte un favor, ¿sabes? No

me puedo fiar de nadie más que de ti. ¡Tú eres tan comprensiva!

Clotilde la miró con sorpresa. Sabía que los felices no se confiesan, y siempre había creído dichosa a Rosarito. No se podía concebir que fuese desgraciada una mujercita tan frívola, tan ligera, tan inconsistente, que reía siempre como si padeciera una eterna infantilidad.

—¿Tú también?—estuvo por exclamar, pero se contuvo y esperó.

—Es menester que si alguien te pregunta por mí digas que me acabo de marchar, sea la hora que sea.

—No te comprendo.

—No hace falta. El caso es que si alguien te habla de mí, digas que he pasado contigo toda la tarde de hoy.

Se puso seria Clotilde.

—¿Para qué quieres eso?

AGUIRRE.

—No necesitas saberlo, si me quieres hacer el favor.

—¿Por qué no me explicas lo que te sucede?

—Temo que te enfades conmigo.

—Entonces es que es malo.

—Malo no..., pero... Mira, sin duda, tú, como las demás, me crees feliz... y frívola.

Se sonrió Clotilde, y, sin valor para mentir, afirmó:

—Es cierto.

—Pues os equivocáis todas. Yo no soy esa mujer frívola que se han imaginado. Es mi marido el que me ha declarado *frívola de solemnidad,* para tener el gusto de tratarme como a una muñequita. El no se acuerda de mí para nada; en realidad, aunque otra cosa parezca, me encuentro abandonada y sola en el mundo.

—¿Y tu hijo?

—¡Ya salió eso! Lo mismo que me dice mi abuela. ¿Qué tendrá que ver mi hijo con esta ansiedad de mi corazón y de mi sangre? Mi hijo es un muchachón de doce años, tan adusto y seco como su padre, que no se ocupa para nada de mí.

—¿Pero tú le amarás?

—Lo adoro. Y, sin embargo, eso no basta. También adoramos a nuestros padres, y su amor no nos impide enamorarnos de un hombre.

Clotilde callaba. Quizá su feliz tranquilidad de ahora era un efecto de falta de memoria, y las palabras de Rosarito evocaban tristes recuerdos.

—Mi hijo está acostumbrado a ver que no sirve de nada mi autoridad en la casa. Se educa como la mayoría de los hombres, contemplando la inferioridad de la madre respecto del padre. Por eso ellos son luego au-

toritarios y desconsiderados con las mujeres... Pero, en fin..., se me hace tarde. ¿Quieres o no hacer lo que te he dicho? Anda, hermosa, no me digas que no.

La besó aturdidamente en las mejillas.

—Pero si todavía no me has dicho nada.

—Adivínalo tú... Yo soy joven, veintinueve años..., me casé niña..., mi sangre arde..., no es que sea sensual, no..., eso no..., es que soy romántica, ¿sabes?... Yo necesito que me mimen, que me atiendan... Tengo algo de esas niñas que lloran cuando ven que no les hacen caso.

—¿Ves cómo tú misma confiesas que eres pueril?

—No..., pero tener un marido que no habla con una, que no la mira. Ni se entera del vestido que me pongo ni del peinado que llevo... Es una indiferencia que me exaspera... Preferiría que fuese malo, que me pe-

gase..., que me diera celos..., y que me diera abrazos... Tempestad..., pasión, en vez de esta calma chicha que me consume.

—¿Le has dicho todo eso?

—Muchas veces..., llorando y todo...; he llegado a tirar todos los platos y todas las cosas que tenía a mi alcance en la mesa..., hasta el centro de Venecia..., para ver si le exaltaba, pero no he logrado nada.

Contaba sus penas con voz animada, riendo de un modo que hacía sonreír también a Clotilde.

—¿Tú sabes en lo que mi marido pasa la vida? No. Si por mucho que caviles no lo adivinarías. Está atareadísimo, no come, no se acuesta, no descansa... ¡Llevando la estadística de los barcos que se han perdido en la gran guerra, con su tonelaje, tripulación y demás detalles! No dirás que eso no es interesante.

Clotilde coreó la carcajada de Rosarito.

—¿Pero qué tiene que ver todo eso con el favor que me pides?

—Chica..., no seas mema...; tengo un amigo... No te vayas a creer que es nada malo... Romanticismo..., decimos versos..., paseamos... Gracias a él oigo que todavía hay quien me llame bonita..., quien es capaz de quererme. Te aseguro que al lado de mi marido me creía haber pasado ya de los sesenta.

—Pero yo no puedo ser tu cómplice en ese engaño a tu marido...

—Si no tiene importancia, rica mía...; es una cosa que no te perjudica en nada. Ni siquiera se entera... Al contrario, es feliz porque salgo y le dejo en paz... Si alguna vez le parece que he tardado, le llevo nota de algún barco imaginario hundido en el Sund

o en el Categat, y ya lo tenemos contento una semana.

—No seas loca... Puede eso tener malas consecuencias.

—¿Por qué? Yo no dejo de ser para mi marido lo mismo que siempre...; es decir, lo mismo no..., mejor...; él está encantado. Si bien se mira, es una tontería que los maridos se mezclen en estas pequeñeces. Admiro a todas las naciones donde estas cosas no tienen importancia. No es justo que se crea deshonrado a un hombre cuando la mujer se va con otro..., precisamente es entonces el único caso en que él no tiene ninguna culpa. En fin, ya me he confesado contigo... Me voy..., rica, no me descubras...; ya sabes, toda la tarde la he pasado aquí a tu lado..., haciendo *crochet*, como una santita que hiciera *crochet*.

VI

e había impresionado a Clotilde aquella revelación de Enriqueta, para llegar a participar de sus temores. Como la joven no volvía, ella se decidió a ir a verla. Había salido de allí asqueada, indignada de la hipocresía. A no saberlo, no hubiera podido suponer que su amiga no era la más feliz de las mujeres. Desde que tocó a la puerta, aquellas criadas que para nada la obedecían se apresuraron a ir a avisar respetuosamen-

te a la señorita. Antes que su amiga había aparecido el marido. No se podía pedir ni más amabilidad ni mayor cortesía a un hombre. Se quedaba embobado cuando hablaba su mujercita, y le dirigía la palabra con un acento de infinita ternura.

La suegra rivalizaba con él en atenciones hacia Enriqueta; para ella era más que una hija; además de nuera, sobrina, hija de su hermano.

Elvira no encontraba el medio de hablar un momento a solas con su amiga. Le parecía que los ojos grandes y tristes de Enriqueta se clavaban en los suyos, para decirle: "No te dejes engañar, soy muy desgraciada." Estuvo prolongando su visita hasta última hora, sin conseguir cambiar impresiones con Enriqueta. El marido no los dejó un momento, con su derroche de elocuencia galante para ambas. Se parecía uno de esos hombres

ACUTRES

que quisieran ser el marido de todas las mujeres que se les acercan, no para gozar su cariño, sino por el placer de martirizarlas a todas. Hubo momentos en que llegó a estar imprudente, sin hacer caso de la mirada de súplica de Enriqueta, que le rogaba que se reportase. Se indignaba de aquella cortesía falsa, fría, que evitaba toda defensa. Salió de allí sabiendo que había de faltar a su promesa, que nada podría hacer en favor de Enriqueta. Estaba cierta de que un día no lejano le anunciarían la muerte de la joven. No necesitaban acudir al veneno ni a los medios violentos. Bastaba aquella atmósfera de falsedad, de sátiras mordaces, de hipocresía, para ir matando a la infeliz lentamente. Se moría de consunción, de desesperación, sin gritos. No había defensa posible.

VII

l día que recibía era como ese día de fiesta en que el sacerdote ocupa el confesonario. Era el día en que todos, a porfía, iban a dejarle parte del peso de sus dolores. Había algunas que sólo llegaban un momento para contarle sus cuitas y marcharse. Eran como devotas que se santiguan, rezan un padrenuestro y escapan ya consoladas a seguir su vida ordinaria.

Pero ella, que ni aconsejaba ni podía re-

mediar las miserias de todos, no se quedaba tranquila y satisfecha como los buenos confesores, que a fuerza de oír repetir las mismas vulgaridades no se impresionaban ya por nada de lo que escuchaban. A ella le hacían sufrir un martirologio, que casi la autorizaba para poner en su tarjeta, detrás de su nombre, lo mismo que en los santos del calendario: "Confesora." Esa condición de inspirar confianza para ser confidente era algo consustancial en ella. Había veces que le contaban historias la que iba a su lado en el tranvía, la que ocupaba la butaca cerca de ella en el teatro, las que esperaban en la antesala del sastre o del dentista, la que encontraba en la tienda o en el paseo. ¿Por qué habían de venir a turbar su alma todas esas historias? Se indignaba, no quería oír, y, sin embargo, las escuchaba.

En la antesala del doctor le habló aquella

AUNTRAR

chilena que se ahogaba bajo los cobertores con que la obligaba a taparse su marido, en los días de verano, para que le sudase su catarro crónico. La infeliz se sentía morir, sacaba las manos y los pies, como si quisiera respirar con ellos, de entre las ropas que la oprimían como un capacete de plomo.

En la sala de espera del dentista le contó aquella otra señora, tan bella y tan pálida, cómo su marido, celoso de que lo sobreviviera, la llamaba y la oprimía contra su pecho cuando los accesos de tos le provocaban el sudor frío y pegajoso de la tisis.

En el paseo le pidió amparo esa pobre señora alta, que se dedicaba a acompañar señoritas, tan larga y tan lisa como un palo de escoba invertido, con el mocho hacia arriba, pues tal parecía la cabeza grande, abultada con la gran peluca rubia, que puesta sobre aquel cuello largo y aquella cara pren-

sada le daba cierto aspecto de maniquí de peinadora. Tenía todo el aire de ser una cabeza postiza, encima del cuerpo desecado, que podría ponerse de un lado o de otro, a voluntad.

Pero en aquella sequedad, que hacía reír a las gentes y vocear a los muchachos "la pasea huesos", había la historia trágica del caso de autofagia, con que la pobre mujer se había alimentado de su propia carne.

Sola en el mundo, sin familia—el marido se marchó a América y no volvió a dar señales de vida—, no sabía hacer nada, y se dedicaba a acompañar señoritas, aceptando el ser la *carabina* de profesión.

Pero tenía tan mala suerte, que todas las señoritas que acompañaba se casaban en seguida, y siempre estaba sin colocación, anunciándose en la cuarta plana de los periódicos.

Se vestía grotescamente con los desechos de trajes de seda, más lamentables en la vejez de brillos de la seda, y tenía que comer y vivir con una peseta diaria, sólo de pan, escaso, y ensalada sin aceite. La infeliz le pedía:

—Usted que es bella y comprensiva, interésese por mí y pida entre sus relaciones que me den la guarda de W. C. del Teatro Real. Eso me proporcionaría una vejez tranquila. Sería el colmo de mis aspiraciones.

Pero lo peor era en aquellos días de recibir, cuando se acumulaban todas las historias más variadas, desde las inocentes hasta las perversas, para turbar su tranquilidad.

—Me he teñido el pelo de rubio para matar todo lo que se refiera a la desdichada pasión que acaba de terminar—le decía una jovencita.

Le contaba el horror de que su propia ma-

dre fué su rival. Había un rencor hondo entre aquella hija y aquella madre.

—Ella me llevaba en su compañía para engañar a mi padre—decía—, y me confiaba a los amigos mientras se iba con su amante. Le debo a ella mi deshonra y mi desgracia.

Clotilde la consolaba y disculpaba a la madre, mujer y pasional. Se debía evitar la maternidad de las mujeres muy jóvenes, expuestas luego a ser las rivales de sus propias hijas.

La otra casadita le decía su amargura. Se casó con aquel hombre avejentado, con el pelo blanco y silueta de esos muñecos de cartón verbeneros que parecen cortar el viento, y cuya gran nariz afilada es complemento obligado de la figura. Se casó engañada por sus promesas. Estaba desesperada en la casa de sus padres. El le ofreció fortuna, le aseguró que no se opondría a sus deseos de

ser artista. Se casaron y no encontró a su lado más que miserias, privaciones, vejámenes. No la engañaba con otras mujeres, la postergaba a los amigos, a los efebos, con los que se vestía de mujer para ir a pasar días y noches de crápula. No la amaba, y, sin embargo, la retenía a su lado. Tenía que recibirlo en su lecho cuando llegaba a altas horas de la mañana, cansado, beodo, maloliente. Ella se replegaba sobre sí con asco, con repulsión hacia aquel hombre, sintiéndose morir. Y no tenía valor de libertarse. Ni siquiera la dejaba trabajar, gozando el placer sádico, él, que odiaba a la mujer, de tener entre sus garras a una mujer bella para martirizarla a su capricho.

Madres había que se quejaban de la ingratitud de hijas por las que se habían sacrificado. Hermanas abnegadas que cuidaban de otra pobre hermanita menor, enferma mor-

talmente, de la que nadie hacía caso en la familia, y sacrificaban toda su juventud para dedicarse a la enferma.

En algunos casos, la canallería de un marido explotaba la debilidad de una mujer con fines utilitarios. Si la mujer era pobre, o no era joven, el marido hallaba cómodo deshacerse de ella, abandonarla por su falta. Si era rica, convenía probar el adulterio y encerrarla en un manicomio o un convento, mientras él quedaba encargado de la administración de los bienes. ¡Le contaban tantos casos de éstos!

Se unía con frecuencia a la tragedia de las almas esa otra tragedia respetable de la miseria, de la lucha de las pobres mujeres que no encuentran los medios de poderse sostener.

Lo mismo que la joven isleña, buscaban trabajo, sin encontrarlo, cientos de mujeres

AGUIRRE

que acudían a ella en demanda de ayuda.

Todas sabían hacer lo mismo. Nada de trabajos rudos. Eran inservibles para la fábrica y el taller, faltas de práctica y sin el tecnicismo de un oficio.

No les quedaba ya tiempo de aprender una profesión, de seguir una carrera; la necesidad era apremiante. Cultas, simpáticas, aptas, estaban condenadas a morir de miseria y de inacción en plazo breve.

Se presentaban a veces artistas. Mujeres que fueron célebres, que tuvieron gran nombre, descendientes de familias nobles. Algunas le suplicaban unos zapatos, una camisa o un abrigo, mostrándole sus miserias y sus desnudeces.

Cuando la que imploraba era una pobre artista vieja, mezclaba siempre a su miseria presente el cuadro de su grandeza pasada. Los recuerdos brillantes de glorias y amo-

res las enriquecían aún de tal modo, que a veces parecían más dignas de envidia que de compasión. Se notaba que el verdadero caudal de la vida era el haberla vivido en toda su plenitud.

Sus voces narraban con la entonación falsa del necesitado, sin perder el ritmo de las inflexiones patéticas, que hacían parecer exagerados y faltos de realidad sus dolores. Le pedían siempre imposibles: que organizase un beneficio, una suscripción pública, una recomendación para debutar de nuevo, sin tener en cuenta los años pasados y las huellas que dejaron en su belleza.

Aquella tragedia de la belleza deshecha era quizá una de las más espantosas y la menos confesable.

En una ocasión llegó una trágica a sacar el revólver del bolsillo, amenazando con suicidarse si no lograba un *début* que creía ne-

cesario para interesar al rico banquero que era su amante. Clotilde evitó las revelaciones de aquella mujer, como si tuviese el presentimiento de que le revelaría un crimen.

Había pobres mujeres ilusas, que no sabían contar sus años, y después de cumplir cincuenta empezaban a estudiar, con la fe de los muchachas de veinte años que aspiran a colocarse.

En una ocasión llegó una mujer hermosísima, abandonada por el marido. La pobre, queriendo ser honrada, estudió, a fin de lograr un título, pero las examinadoras de la provincia donde se matriculó no consintieron en aprobarla. Ella les hizo regalos, que aceptaron; pero consideraban inmoral dar validez a los estudios de una mujer bella y separada de su marido. El ser hermosa suponía, para la mayoría de aquellas damas feas y amargadas, el ser ella la culpable.

Sí, aquellas confesiones de dolores eran más tristes, más penosas, más agobiadoras que las confesiones de pecados.

VIII

A veces las confidencias eran de pobres mujeres que se creían dichosas, y le dejaban entrever la amenaza que ellas no advertían.

Emilia vino de vuelta de su viaje a contarle las ilusiones que tenía de su amor con aquel negro brasileño, por el que había dejado a su marido, hacía años. No había aplaudido Clotilde la conducta de Emilia; se limitó a escuchar sus confidencias. El esposo de Emilia era un buen muchacho, tole-

rante, de un carácter débil, que la dejó hacer todo cuanto quería. Ella se quejaba de su bondad.

—Las mujeres necesitamos ver una fuerza en el hombre—le decía—; esa blandura, esa conformidad con todo, me cansa, me aburre.

Le tenía miedo Clotilde a esa clase de confidencias. Cuando una mujer decía *me aburre* de su marido, éste podía considerarse perdido. La mayor parte de los dramas de infidelidad nacían del aburrimiento. En realidad, a veces, no podía culparse de esto a los esposos. Solían aburrirlas los hombres más interesantes, los sabios, los trabajadores, los poco vulgares. ¿Cómo mantener el interés en aquellas cabecitas vacías, ansiosas, fantásticas, cuando realmente eran incapaces de interesarse por nada?

Cuando el marido de Emilia quiso oponer-

se a sus caprichos, ella se revolvió furiosa, diciéndole a la confidente:

—¡Al cabo de tanto tiempo le da ahora a mi marido por ponerse digno! ¿Sabes?

Era ya tarde. Emilia se escapó con aquel extranjero que sabía halagar su vanidad explotándola para vivir a su costa. La rodeaba de un ambiente de respeto, de una cortesía forzada, la trataba en soberana. No la nombraba nunca sin anteponer la frase *la señora* o *esta señora;* se sentía halagada, satisfecha, por la dedicación de aquel hombre, que no se ocupaba más que de complacerla, proporcionarle distracciones y viajes, aunque su fortuna mermase y él viviese a su costa. Estaba tan ciega, que él le hacía creer en operaciones en las que multiplicaba su dinero, obteniendo así firmas que hacían pasar la fortuna de Emilia a sus manos.

El canto de aquella felicidad falsa, que se

había de desvanecer, torturaba a Clotilde, que por nada del mundo hubiese desengañado a su amiga.

Ella decía:

—¿Sabes? Con lo que economiza de las rentas me está haciendo un hotel en la Costa Azul. Ya le están poniendo la verja.

Clotilde sabía que no existía tal hotel y que cuando la pobre Emilia, que apenas sabía leer, lo veía recibir alguna carta de acreedores que le insultaban, o de amigos que le daban cita, él le decía siempre:

—¿Ves, querida? Es el arquitecto que me escribe desde la Costa Azul. El hotel adelanta. No quiero que lo veas hasta que esté pronto a recibirte.

Después de todo, el caso de mayor felicidad lo ofrecían las mujeres engañadas por esa clase de granujas, que sabían sostener la ficción largo tiempo.

ALVARE

Era común que se aficionaran a los hombres que de alguna manera las sabían dominar. Recordaba el caso de la portera andaluza, que le confesó un día llorando:

—Soy muy desgraciada. Mi marido ha dejado de amarme, porque hace más de dos meses que no me pega ya.

Otras mujeres con las cuales eran inútiles los consejos, era con las celosas. Había mujeres que podían ser felices y se estropeaban la vida con sus celos. Estas tardaban más tiempo en confiárselo. Sin duda, ellas se sentían algo en ridículo con la estupidez de los celos.

Nieves le contaba las maquinaciones en que gastaba el tiempo para conseguir el amor de su marido. Iba continuamente de una a otra sonámbula, barajera o adivinadora, que le sacaban el dinero y la intranquilizaban cada vez más con las apariciones de *una mu-*

jer morena, la rubia que la quería mal, el hombre que le tenía mala voluntad y todo ese tecnicismo de patrañas, especie de red de la que no se libran los incautos que caen.

Gastaba todos sus ahorros en remedios, oraciones y cábalas, por fortuna más grotescas que peligrosas, que le volvían el juicio cada vez más.

Ana estaba en un continuo infierno con su esposo por no querer dejarlo salir. Le hacía ir sin dinero en el bolsillo, le seguía en la calle disfrazada con un mantón, le desesperaba y le hostigaba, incitándolo a librarse de ella, y haciéndole pensar en lo que a él no se le podía haber ocurrido jamás, si ella no lo azuzara.

Al fin, venía a contarle, desolada, próxima a morir de dolor y de angustia, que su esposo la había abandonado, sin consentir en volverla a ver; tomando por pretexto el he-

cho inocente de que no lo dejaba bañarse ni cambiarse de camisa y calzoncillos para estar segura de su fidelidad.

No podía menos de sonreír Clotilde de aquel subterfugio, que era la última trinchera de la castidad, y que también le había confesado un día su modista:

—Yo, señorita, soy tan débil en materia de amores, que para poder resistir los requerimientos que me hacen, salgo a la calle con las medias rotas.

Antonia era quizá el caso más raro de todas las que se confiaban a Clotilde. Una mujer pequeña, redondita, insignificante, que debía a su insignificancia la fama de *santa* con que la designaban sus amigas y su propio esposo, un buen mozo, enamoradizo, que pasaba la vida en devaneos y aventuras. Antonia tenía admiración por su marido, y estaba enamorada de él con una extraordinaria

pasión física que la idiotizaba, sujetándola a su voluntad en todo, de un modo fanático.

El tenía el sistema de enamorarla más contándole todas sus pasiones y sus aventuras.

Sentía ella halagada su vanidad con la posesión de un marido hermoso, envidiado por las otras mujeres, lo mismo que los *sportmen* que sienten la soberbia de pasear el mejor caballo de carreras, aunque ellos no lo monten jamás.

Pero la lucha entre los transportes de su felicidad cuando volvía el marido y las lágrimas y gemidos cuando lo veía alejarse, habían dado al traste con su salud; estaba siempre nerviosa, neurótica, enferma; no pensaba más que en el marido y no prestaba atención a las dos hijas, ya mujercitas, a las cuales hacía partícipes de sus celos y de su adoración por el padre.

Las pobres niñas sufrían los efectos de las

IX

quella tarde había ido a verla su amiga Margarita, la señora bella y elegante que había conocido el verano último en Biarritz. Era una mujer pálida, de grandes ojos rodeados de un halo morado, como las violetas inmensas colocadas cerca del cristal azul cielo de sus pupilas.

Clotilde se sentía esa tarde satisfecha, feliz quizá, con esa felicidad que sugiere la limpia atmósfera de un día de sol. Pensaba

que su nueva amiga era una mujer equilibrada y feliz, contemplando su gracia reposada, su mesura, la coquetería con que sobre el rostro fresco y saludable lucían las ojeras moradas, que creía también obra de arte.

Pero aquella mujer, después de apurar su taza de te, se acomodó en el sillón, y con un tono de voz dulcemente quejumbrosa, que no le era habitual, empezó también:

—Yo quería decirle a usted, que es tan comprensiva...

Carmen de Burgos
"Colombine"

SE HA PUESTO A LA VENTA

El tributo de las siete doncellas

la nueva producción del gran novelista laureado con el premio Fastenrath

Francisco Camba

Se trata de una magnífica novela, de más de trescientas páginas, de un interés, amenidad y bellezas de estilo extremados.

El tributo de las siete doncellas

constituirá otro nuevo y resonante éxito para EDITORIAL ATLANTIDA.

Magnífica portada de Ribas.—Cinco pesetas ejemplar.

SE ESTA AGOTANDO

ROSA DE CARNE

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada por DEMETRIO

Precio: CINCO pesetas

EDITORIAL ATLANTIDA

MENDIZABAL, 42

MADRID

JOSE MARTI

EL LIBRO DE LOS JUICIOS

Tomo VI de las obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

MARIANO BENLLIURE

Tipos y costumbres de hoy

Artículos, impresiones, semblanzas, crítica, todo con el estilo valiente y sincero que caracteriza al gran periodista Mariano Benlliure. Un tomo de doscientas ochenta páginas.

CUATRO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

Agotados los 16.000 ejemplares de la primera edición de la formidable novela

Las siete columnas

obra cumbre del maestro de humoristas

W. Fernández Flórez

se ha hecho una segunda edición de la misma.

CINCO PESETAS EJEMPLAR

Apresúrense a hacer el pedido a

EDITORIAL ATLANTIDA

Mendizábal, núm. 42.—Madrid.

FERNANDO MORA

LA NECESIDAD DE PECAR

Novela madrileñísima del castizo y popular autor de tantas bellas producciones. Obra maestra en su género, que consagrará definitivamente la reputación de su autor. Portada de Baldrich. Prólogo de Artemio Precioso.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

A. VIDAL Y PLANAS

A hombros de la adversidad

Maravillosa narración, de ideas atrevidas y visiones alucinantes del siempre interesante y discutido escritor Vidal y Planas. Magnífica portada de Baldrich.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY
MENDIZABAL, 42

EL PAPA DEL MAR

Ultima y más interesante novela de Blasco Ibáñez. Portentosa evocación del papa Luna, El cisma, San Vicente Ferrer, La resistencia en Peniscola. Cinco pesetas en todas las librerias.

PEDIDOS A
EDITORIAL PROMETEO
VALENCIA

La "Editorial Atlántida" ha puesto a la venta

Autocracia y Democracia

disertaciones amenísimas, de un gran interés y claridad, en las que el excelente escritor y orador

Marcelino Domingo

demuestra una vez más sus inamovibles ideales democráticos.

Cinco pesetas ejemplar.

Niñas bien, pollos bien

por

José M.ª Landero

Interesante obra donde se refleja de un modo exacto, y descrita con un gran ingenio, la vida de nuestra juventud moderna.

Pedidos MENDIZABAL, 42.

Se ha puesto a la venta otra nueva obra del popular novelista

ARTEMIO PRECIOSO

que tan enorme éxito de venta ha alcanzado con "ROSA DE CARNE".

Trátase de una deliciosa recopilación de novelas y cuentos, interesantísimos, como toda la obra del autor de "ROSA DE CARNE", que lleva por título

FLORES DE PASION

CUATRO PESETAS EJEMPLAR

Pedidos a

EDITORIAL ATLANTIDA y NOVELA DE HOY

Mendizábal, núm. 42.—Madrid.

Se está agotando

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO

EDITORIAL ATLANTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.